

PRIMERAS REFLEXIONES SOBRE LA PSICOLOGÍA ORGANIZACIONAL Y LA CLÍNICA DE LO SOCIAL

Por: Joel Otero Alvarez

INTRODUCCION

UNO. Deben ser muchas las razones por las cuales, la apelada Psicología Organizacional pareciera, a primera vista, tan distante de la propuesta de una Clínica de lo Social.

Pues bien: ¿cómo debe procederse, más allá de supuestos y retóricas, desde la Clínica de lo Social, cuando de la Psicología Organizacional se trata?.

Existen, en primer lugar, claves generales que no tendrían por qué no resultar siendo igualmente válidas por tratarse de este entronque.

Pero antes, conviene observar algunas circunstancias más próximas y concretas.

DOS. ¿Qué ha pasado, hasta ahora, en la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura, con la oferta organizacional?.

Podría decirse que es allí donde se ha encontrado una mayor resistencia a la modificación que la Clínica de lo Social propone.

Es fácil saber por qué. En ninguna otra rama de la Psicología se da mayor eficacia ni mayor demanda, ni mayor retribución al psicólogo que encuentra salida laboral allí.

TRES. Difícilmente se puede actuar o incidir donde no se te demanda. Más aún: si un psicólogo de formación tradicional compite con un psicólogo clínico de lo social por una plaza, en cualquier empresa tradicional, es claro cuál ha de ser el resultado.

¿Significa ello que no hay nada por hacer entonces?.

Significa que está todo por hacerse.

CUATRO. Si la Clínica de lo Social se justifica no ha de ser por tratarse apenas de una propuesta interesante. Si no es de franca necesidad, si no se hace al

reconocimiento de su pertinencia, si no crece en proporción a una inocultable demanda, su vida va a ser, inevitablemente, breve.

Hasta ahora se ha sostenido, pero carece aún de soluciones suficientemente vigorosas como para ofrecer coberturas prácticas en proporción con sus ambiciosas aspiraciones teóricas.

De otra parte: la Clínica de lo Social, si de algo debe protegerse, es de aceptar caer en la trampa de ofrecer soluciones a problemas -de entrada o, hasta determinado momento- insolubles; o, permitir que se le reconozca como panacea u alternativa indiscriminada, que puede resolver cualquier entuerto y medírsele a cualquier problemática, sin hacer la obligatoria travesía por esa específica tradición donde, una determinada conflictiva, germina; condición sine qua non para acceder a un *plus* que le vaya haciendo, progresivamente, pertinente.

CINCO. ¿Por qué se puede mirar clínicamente cualquier asunto?. ¿Dónde va la necesidad de esto y dónde resulta plenamente justificable?.

Más concretamente: cualquiera, es cierto, puede decir que aspira a mirar desde una perspectiva clínica el asunto empresarial; pero ¿dónde se hace esto inevitable?.

Hay, es claro, dos cuestiones bien complicadas en esta indagación. Una, alude a la especificidad, cobertura y necesidad de la mirada clínica. La otra alude a la manera cómo eso se asume desde un determinado campo, más puntualmente, el registro de lo organizacional-empresarial.

SEIS. El psicólogo se ha instalado primero en el campo empresarial, antes de que la Psicología se haya intentado recomponer desde una perspectiva organizacional más amplia.

Ello comportó -y comporta- indiscutibles complicaciones.

Lo primero: la ausencia, o sí no la ausencia total, sí la subordinación, de la oferta teórica -de existir algo así- en relación con un modelo de aplicación.

El psicólogo industrial, como se le apeló inicialmente, era eso: un psicólogo que marchaba a una industria y allí se le decidía. Sin duda, no existía una teorización suficiente como para poder ofrecer, desde la Ciencia, una estrategia de funcionamiento que le determinara la coherencia de su proceder.

Por todo ello, terminó convirtiéndose en un psico-tecnólogo de la producción que justificaba su aporte, en la medida de la eficacia lograda, a partir de la inevitable inclusión de esto que, corrientemente, se apela el "factor humano".

Y, para reforzar la condición paradójica, ese lugar se hizo cada vez más necesario; y, por supuesto, también cada vez más demandado.

Poco o nada incide en ello –no se digan mentiras- el que se llame ahora, a la Psicología Industrial, Psicología Organizacional. Así, todos los psicólogos sepamos que, en ello, va una sustancial diferencia.

SIETE. ¿Quién dijo que se debe entrar a alterar esta inocultable y triunfal realidad?.

La verdad es también que, paulatinamente, “*el factor humano*” va imponiendo su inapelable lógica. El juego de *la escisión*; la presencia de, eso que Freud apeló “*el malestar*”, para poder hablar con pertinencia clínica, de la Cultura, tarde o temprano, hace presencia indiscutible en todos los registros de *lo social* e impone, no sólo el que *lo clínico* resulte cada vez más demandado, sino que se abra el abanico de opciones de interpretación e implementación de nuevos recursos que respondan por problemáticas que, cada vez más, se escenifican a niveles no propiamente convencionales.

OCHO. Otra cosa es que, no por ello, se esté dispuesto, de buenas a primeras, a aceptar intervención, allí donde, supuestamente, el *malestar* está afuera o allí donde se aspira -antes de reconocer la presencia del citado malestar- a mantener, en cambio, la constancia de un -cada vez más esquivo- *bienestar*.

NUEVE. Sólo cuando se logre mostrar, de modo irrefutable, el beneficio, al tiempo con la validez, de la oferta que, a este nivel resulta posible, a partir de una perspectiva Clínica de lo Social, cabrá el que se prefiera un psicólogo con esta formación a un psicólogo de formación tradicional, quien ha enfatizado, además, en un Psicología de corte empresarial.

DIEZ. Existe una razón por la cual *lo clínico* se altera sustancialmente en relación con su enorme tradición. En efecto, a partir de un determinado momento, no basta con localizar el malestar para dar cuenta de ello, en primer lugar, por la vía del aporte clínico.

Se trata de la emergencia de nuevos fenómenos que cuestionan de modo radical los habituales procedimientos.

Por nombrar lo ya muchas veces recalado pero no por ello agotado: el creciente fenómeno de las *drogadicciones*. Allí, donde el problema es el goce, el manejo personalizado de los asuntos no se sostiene. Es claro: no basta ya con la mera ubicación del malestar, para abordar la cínica de las sintomatologías allí expresas.

El *consumo* como modelo económico y social generalizado genera efectos que las disciplinas tradicionales, si bien pueden reconocer, ya no logran enfrentar.

Los efectos psicológicos *masivos* resultan indiscutibles, y ya no es posible abordarlos de modo convencional.

Y podría seguirse ilustrando con ejemplos tanto más apabullantes. Pero no se trata de ello, por supuesto.

Sin creer que se puede, sin más, pasar a generalizaciones uniformantes, lo cierto es que, en el caso de las empresas, no resultan ellas ajenas de estas marcas y recontextualizaciones.

Pero, también allí, puede darse esa lógica donde el *malestar* parece externo y -como ya fuera resaltado previamente- la conservación del *bienestar* impone más bien la radicalización de las posiciones lo cual -por supuesto, tendencialmente al menos- las torna más cerradas para cualquier posible modificación.

ONCE. *Lo clínico*, cualquiera que fuere su condición, más que decidirse desde criterios como sintomatología, enfermedad, salud, malestar, etc., se juega en la aspiración *modificante* de una determinada situación. Sin duda, no basta con aspirar a un cambio para que se dé, por sólo ello, aporte clínico. Pero esa condición resulta ser inevitable.

Sin una oferta de cambio, *lo clínico* no rueda; o si lo hace, no es necesario, indispensable.

¿Por qué entonces *lo empresarial* debe modificarse y en qué sentido?.

DOCE. Para responder esta pregunta se impone reconocer dos posibles respuestas desde lugares antagónicos, al tiempo que complementarios.

En efecto, una cosa es responder desde afuera; y tanto más, en la medida en que se esté más distante. Otra, el responder desde adentro.

Desde afuera, se dirá: la Empresa cada vez más, resulta decidida desde un contexto que la Empresa –en niveles esenciales- no incluye.

Desde adentro: la gobernabilidad de *lo humano*, al interior de la Empresa, se ve, tarde o temprano, impedida por factores irracionales e inevitables.

TRECE. Esos son pues los asuntos de los que habría que partir para una primera localización.

LA EMPRESA

UNO. Hace pocos años; acaso apenas una, máximo dos décadas, decir “la Empresa” resultaba casi indiscutible: la Empresa, en efecto, coincidía con cada una de las posibles Industrias. Un banco, una fábrica de textiles o de textos era, sin más, Empresa; o las Empresas Públicas eran –como su nombre aún lo implica–: empresa.

Hoy la Empresa es otra cosa. No que no se pueda seguir llamando así a cada condensado para la producción, sea cual fuere. Pero el asunto se ha hecho más amplio y, por ende, complejo y plural.

DOS. Por decir algo: la Empresa, ahora, apunta a los modelos multinacionales; pero, otras acepciones del concepto, han logrado despliegues que no sería afortunado, hoy por hoy, ignorar.

Nosotros, en la Facultad de Psicología de la Universidad de San Buenaventura de Cali, apelamos “La Tarea” a cuanto podría perfectamente llamarse a su vez, la empresa (de formación de psicólogos).

No falta quien, en Colombia, nombre las “Conversaciones de Paz” como la Empresa de la Paz y ello parece no sólo conveniente o indispensable; también es claro que instala en un contexto -de hecho, más realístico- el asunto.

Y reconocer como empresa toda posible prospectiva es siempre la vía para lograr organizar, desde cronogramas y previsiones rigurosas, cuanto podría -de otro modo- ser apenas mera especulación.

TRES. Por decir algo: toda propuesta ecológica es una empresa. Cuando Guattari (“Las tres ecologías”. Cuadernillos para el Tercer Milenio. Bogotá, 1998.) propone tres ofertas de Ecología (Natural, Social y Mental) está apuntando a un modelo que, si no es empresarial, se vuelve, más allá de la mejor intención, mera retórica.

¿No es la Guerrilla, una empresa?. ¿No es el Narcotráfico una empresa?. ¿No es y fué siempre empresa, la Guerra?. Pero ¿qué sería entonces la Clínica si incluyendo lo Social, no puede dejar de reconocer estas incómodas coberturas?.

CUATRO. Pero, es cierto también: ¿qué empresa -hoy por hoy- no debe ser, de un modo u otro, de aspiración básicamente ecológica?.

Ni siquiera la Guerrilla, con su modelo tan peculiar, consigue ser mínimamente coherente con su organización interna, si se le plantea la necesidad de lo ecológico cuando de sus ejecutorias se trata.

Justamente, su clave más vulgarmente terrorista se juega allí donde, antes de oferta de solución, es ciego acontecer, primero que todo, autodestructivo.

Así como nada, actualmente, en el armado de lo humano, escapa a lo tecnológico, tampoco es posible que se ignore lo prospectivo y lo ecológico desde que,

precisamente, lo tecnológico despliega, al lado de sus mejores atributos, las posibilidades de un -cada vez menos ocultable- poder demoledor e imprevisible.

TRES. La Empresa puede ser entonces un lugar empírico, o mejor, un conjunto de lugares donde se trata de la producción -entonces, es cada vez más, la Empresa Capitalista-; pero nada excluye que la Empresa sea la Tarea; o, también, el conjunto integrado de las tareas donde cabe todo -entonces se trata de la Empresa Humana-.

Y -entre esos polos- no necesariamente antagónicos; pero, tampoco, obligatoriamente armónicos, se dan todas las opciones de lo empresarial; todas las variantes de empresas posibles o pensables.

CUATRO. Y bien: ¿qué importa toda esta especulación para los concretos intereses de este análisis?.

Pues, simple y llanamente, con sólo estas ubicaciones generales se hace visible ya el que una Clínica de lo Social que reflexione sobre la Empresa no podrá, sin más, coincidir con los modelos que, tradicionalmente, se han dedicado a tal labor.

¿En qué sentido?.

CINCO. El objeto no es el mismo, es claro. Pero tampoco los procedimientos o las aplicaciones van a coincidir allí fácilmente.

La Clínica de lo Social no es Psicología Industrial; no es Psicología Organizacional, desde que asume la Empresa envolvente, como el asunto que le incumbe; cuestión que deja, desde lo humano, la posibilidad de incluir como modos de lo empresarial, cuanto se denominó siempre Industria o, incluso, Organización; su abordaje desde entonces habrá de ser bastante más amplio y abarcante; y nunca mera descriptiva o empiria.

¿Más qué?. ¿Qué impide a la Psicología Organizacional una cobertura tal?.

Por decir algo, apenas lo más inmediato: la falta de diálogo con otras ofertas psicológicas. Dígase, con la Clínica.

De nuevo: ¿acaso no se ha empezado a mover todo en este sentido?.

SEIS. Debe serlo así. Pero, ¿se tiene ya resuelto cómo ha de ser esto que evolucione desde una Psicología Industrial, pasando por una Psicología Organizacional, hasta instalarse en una real Clínica de la Empresa?.

¿Se trata en realidad de un continuo?. ¿O es, en cambio, un corte decisivo el que allí se impone?.

Donde están en la actualidad las cosas, parece más viable reconocer una bien intencionada actitud de apertura. Pero, debe ser bastante escaso el progreso, si a ello no se suma una reflexión previa sobre la Psicología como tal y el lugar que cada rama suya tiene allí.

SIETE. Sea como fuere ¿cómo ve las cosas la Clínica de lo Social cuando de la Empresa se trata?.

Además de lo ya planteado, conviene recordar, con Freud, que la Cultura Humana en su conjunto resulta ser, de modo envolvente, sintomática.

Ahora: si la resultante de lo empresarial avanza dejando reconocer la condición de la Tarea –o, al menos, su subordinación a cuanto se reducía, empíricamente, a meros sitios productivos para la reproducción de un modelo dado- cabe preguntarse de nuevo, por la Industria misma a luz de esa condición de apertura.

OCHO. La clave tecnológica ha sido, en primer lugar, la razón por la cual las empresas tengan obligatoriamente que pensarse en relación con esto que, errada o correctamente, se apela la Globalización; y que, para la Clínica de lo Social es, ni más ni menos, que la englobante Ciudad con mayúscula.

Cualquier industria, así sea la más modesta micro-empresa o tratándose de la más abarcante multinacional, pasa inevitablemente por ese determinismo.

De otro lado, cada vez más, paradójicamente resulta -cuanto de ello se deriva- imprevisible e ingobernable.

La condición mundial del mercado; las claves intangibles que deciden los desplazamientos del mismo, a partir del indetenible despliegue tecnológico, condicionan y recluyen cada particular circunstancia industrial, a la urgencia del desciframiento de la situación del conjunto.

NUEVE. Un diagnóstico, un pronóstico, un develamiento se impone; justamente allí donde, cada vez, resulta estar más impedidas las verdaderas soluciones.

Si, en este punto, no se trata de la Clínica ¿qué otra opción podría venir a resolver los asuntos?.

Pero ¡ajo!; que no se trata de la gesta milagrosa.

Si se impone lo clínico no será para dar soluciones imprevistas o no escuchadas. Será, apenas, para conseguir unas primeras obligatorias localizaciones.

De otro lado: no sobre recordar que no podrá tratarse de la Clínica en su acepción convencional. Es la Clínica pendiente. Clínica, además, transdisciplinar y, como tal, en primer lugar, estética.

DIEZ. Pues bien: todo esto es más que sabido. Pero ¿acaso podríamos sumar algo realmente nuevo a esta agobiante reiteración?

Una primera clave: existe una condición decisiva de lo tecnológico. Se trata de su condición creadora.

Colectiva, sostenida, inagotable, casi anónima, la creatividad tecnológica es la responsable de su despliegue y cobertura; despliegue y cobertura que, moleste o no, se ha impuesto de modo irreversible.

Si no se da una creatividad equivalente, a nivel de su implementación y a nivel del reconocimiento de sus efectos sobre el modelo social contemporáneo, ese desequilibrio va a mantenerse y a incrementarse.

Muchas veces se dice que lo tecnológico en sí no es responsable de las humanas resultantes. Y si hay allí desequilibrio ha de ser en la medida en que no se da una creatividad equivalente, en su asimilación, su remontamiento o, simplemente, su utilización.

¿Por qué, si el ser humano ha demostrado tanto inmenso e inagotable ingenio para consolidar resultante tecnológica, parece tan torpe cuando se trata de aplicarla y distribuirla en beneficio de la especie y del propio mundo?

Es claro que si fuera sólo torpeza alguna luz de esperanza existiría allí. Pero todos sabemos que se trata de poderes ciegos e inamovibles que reinterpretan estas posibilidades, reducen sus opciones y minimizan todo del lado de resultantes francamente discutibles, nocivas y lamentablemente restringidas.

Allí deberá, tarde o temprano, localizar sus cuestionamientos la Clínica de lo Social.

ONCE. La oferta clínica, en y desde lo social, transdisciplinar y estética, siendo un modelo de suplemento que se juega en el reconocimiento de las resultantes, entendidas como escueta realidad que, así se la cuestione, se asume como inevitablemente dada, busca apuntalar esa creatividad pendiente y, en relación con esa clave, habrá de definir sus estrategias de aplicación.

Guattari en esto nos viene bastante bien. Por varias razones: su propuesta tiene grandes coincidencias con la ofrecida desde la Clínica de lo Social. Sin embargo, existe un punto esencial donde el contraste es indiscutible. Paradójicamente allí donde debiera no serlo.

Se está haciendo referencia a las claves desde donde Guattari define los potenciales creadores.

Paradójicamente, se ha dicho, Guattari, tradicionalmente contra Freud, se aprovecha en este punto, precisamente, del aporte freudiano para derivar, desde la dimensión pre-objetal (objetos parciales, etc.) la matriz de lo humano creador. Más allá, se trata de esto que Freud dio en llamar procesos primarios; y, más precisamente aún, registro del Inconsciente.

En cambio, Guattari no parece tan radical en el abordaje de lo singular que es donde la Clínica de lo Social reconoce una fuente creadora decisiva.

DOCE. Ahora: es cierto –para asumir los asuntos de raíz- que hay una pulsionalidad creadora inocultable en el armado de lo onírico, lugar donde los procesos primarios tienen indiscutible prelación.

¿Cuál sería entonces la objeción?

La que se esperaría, desde el modelo propuesto por Guattari –como ha sido prevuiamente recordado, crítico hiper radical con la propuesta de Freud-, es el repudio a buscar en los orígenes, las claves de esa creatividad. Pero no es así. Nada de ese estilo se aprecia en la reflexión ecológica de este interesante autor.

La Clínica de lo Social, en cambio, reasumiría esta objeción reconociendo allí, en los sueños un lugar, decisivo sí, pero en tanto se les asuma como resultantes.

Los sueños serían –y este sesgo no es menos freudiano- el enclave de la oposición a la racionalidad consolidada a partir de la prelación y tiranía de lo consciente, lo intencional, lo masivo; de los poderes económicos y políticos; de lo tecnológico-capitalista, etc.; en fin, de lo vigílico dominante y -desde allí- de la noción compartida por los conglomerados humanos, de lo Social predominante.

Esa creatividad de oposición donde, desde lo onírico, lo singular se instala de modo espontáneo y decisivo, no resulta ser captada mínimamente por la propuesta ecológica de Guattari.

Una ecología de los sueños –no el mero soñar romántico, que es una revisión vigílica de lo onírico, transgresor y estético-, sin lugar a dudas, podría haber sido un mejor punto de partida allí.

TRECE. Mas ¿qué?. ¿Dónde quedó la concreción sobre el asunto de lo puntualmente industrial?. ¿Acaso cabe allí, en medio de tanto onírica retórica?.

Pues lo primero sería reconocer que, desde el Gerente hasta el Barrendero de cualquier empresa, tienen eso en común: cada día vienen de soñar. En la pausa que se les impone como humanos, noche a noche, se da la primera contradicción con la empresa donde, corriente y diariamente, se les reúnen y que -efectivamente y de modo disímil- les decide laboralmente.

La Empresa, en efecto, no se puede detener –al menos, cada vez resulta ello menos posible-. De otra parte, la Empresa no sólo es más que las empresas todas sumadas; la Empresa tiene una continuidad tan contundente que, sólo ella, decide su especificidad y hace que nadie, aisladamente, la pueda seguir.

Se impone, por ello, una estrategia grupal. Estrategia que se evidencia en la urgencia de generar unos modelos horarios de cobertura –jornadas sucesivas e ininterrumpidas de ocho horas; jornadas continuas, jornadas regulares-; la distribución de labores; los intercambios grupales e interpersonales; en fin, toda una armazón que, en principio, resulta ser tan defensiva como la puesta en acto de cualquier aparato –social, psíquico, máquico- pero que aspira a nivelar un desequilibrio constante, fundante, inevitable y que, sólo a partir de ahí, consolida la pertinencia de un proceder colectivo que, al final, puede ser interpretado en relación con claves puntuales: éxito, eficacia, producción, etc.

Allí se consolida la ilusión de continuidad donde se cree tener resueltas las contradicciones de base, no sólo remontadas sino convertidas en motores de producción y beneficio inagotables.

Pero el gasto que ello comporta ¿dónde se localiza?; ¿cómo se expresa?; ¿en dónde irrumpe?. ¿Basta apenas con el exutorio de los sueños?.

Es allí donde la Empresa, escrita así con mayúscula, resulta indispensable para las particulares empresas. Y es, justamente, ese silencio decisivo aquello que la Clínica de lo Social quiere y debe hacer hablar.

PRODUCTIVIDAD Y SINGULARIDAD

UNO. Cabría preguntarse ¿por qué sigue -y no- operando la Empresa a pesar de la pausa que se impone a sus modelos humanos de soporte?

Recuérdese: sigue operando como ella, pues ella no demanda pausa; antes bien, toda pausa le cuestiona, le interfiere, le niega, le interrumpe.

Pero, es cierto también que no sigue operando en tanto excluye partes esenciales de su ser (justamente los componentes humanos suyos que tienen, inevitablemente que someterse a pausa¹).

Es claro: a partir de ahí, se hace evidente una doble dimensión que, si no resulta ser por sí misma contradictoria, sí comporta un doble fondo constitutivo, no necesariamente reconocible de modo espontáneo.

Si una específica empresa incluye a sus empleados será una cosa; si los incluye de modo total o parcial, otra; si, francamente les remonta y se decide a pesar de ello, otra.

Estas modalidades del destino de toda empresa no hacen más que confirmar la pertinencia de reconocerla, no sólo como el lugar de lo escuetamente productivo; como ya fuera expuesto previamente, un manejo plural y ampliado del concepto, podría permitir reconocer, incluso, la génesis de sueños como una empresa en sí; como aquello empresarial que lo empresarial vigílico, por tradición, excluye.

DOS. Pero ¿qué empresa es esa que se juega en modelos de producción tan discutibles y peculiares?

¿Cuál es el sentido productivo de los sueños?

La productividad, a su vez, es una, vista del modo más tradicionalmente empírico; otra, cuando se le reconoce en toda la amplitud posible de su acepción.

Una producción reglada, contextualizada en el modelo racional-vigílico comporta condiciones de eficacia y puntuales claves de ganancia visible que, un asunto como los sueños, nunca cumpliría. (¡Ni qué decirlo!).

Pero, entonces, indagemos de nuevo: ¿dónde va la productividad de los sueños; ¿en qué consiste?; ¿qué la justifica y hace necesaria?

Ya ha sido dicho aquí: se trata de la singularidad excluida.

¹ Se dirá: es el trabajo el que convendría que no se detuviera. Pero, aún sin discutirlo, ello resulta suficiente para justificar cuanto se sigue.

TRES. La singularidad es justamente esto a lo cual, cada quién, cada organización, cada modelo o agrupamiento, debe renunciar para insertarse en un específico orden, cualquiera que este fuere.

Es la cuota que resta, a cambio de una determinada adaptación.

Esta cuota no se decide apenas porque se dé una instintividad coartada, pues lo cierto es que no basta con la satisfacción de los más primordiales impulsos para que, por sólo ello, se ponga en acto, singularidad.

Es lo humano irrealizado, cuanto se juega como ejercicio de singularidad. En ese pendiente de lo humano, que no se consolida, que resta como negatividad, como latencia humana, está lo singular detenido, bloqueado.

Por todo ello, la singularidad, se está fraguando como infinitud de opciones que nunca se pueden consolidar, más que en registros de exclusión. Conseguir incluirles en el orden vigílico-racional, resulta ser, arduo y complejo asunto.

CUATRO. Esa exterioridad, hace parte -y no- de toda empresa: en su polo capitalista –tal cual ha sido previamente resaltado- se le ignora, más o menos, tajantemente; en su registro de productividad humana de conjunto, no podrá dejársele de incluir.

Si se quisiera radicalizar la posición, cabría pensar en la opción de reconocer que, justamente, la represión de la singularidad realiza a la empresa –en su acepción capitalista-; de igual modo conviene asumir que, en consecuencia, esa represión de la singularidad -de cada quién y del colectivo laboralmente comprometido- decide, en últimas, el malestar reinante; o, al menos, explica los obstáculos que deben enfrentarse para el logro de específicos resultados.

CINCO. Por supuesto, todo está dicho en el nivel de lo más general e inespecífico.

Pero entonces serían las excepciones a esta clave de fondo, cuanto haría urgente ampliar, reducir o, abiertamente, cambiar la formulación de base.

Aquí por supuesto, no se ha buscado nada distinto a formular algunas hipótesis que -en tanto se puedan someter a análisis, y vayan justificando paulatinamente su pertinencia- darán pié para la reflexión e implementación de una manera de abordar el problemático asunto del cual se trata.

SEIS. Mas ¿qué?. ¿Acaso con sólo esta retahíla de asuntos imprecisos y vagos pretendemos convencer a quienes, avezados en cuestiones más que prácticas e indispensables, sólo pueden ver en planteamientos así, meros distractores para su actividad sobremedida y, de por sí, suficientemente recargada?.

De otra parte, si las organizaciones –sobre todo, industriales- contratan al psicólogo, ha de ser para que a su vez, realice labores indiscutidas y obligantes.

¿Cómo proceder, dadas estas circunstancias tan contundentes?.

Es claro que, sólo la labor del psicólogo podrá modificar, de ser ello posible, las cosas.

Pero, la localización de asuntos indiscutidos y sorprendentes, resulta determinante para que se consigan unas primeras ubicaciones que den paso a progresivas tomas de distancia que evidencien, paulatinamente también, la pertinencia de los nuevos abordajes.

La inclusión de modelos que remonten lo estrictamente necesario habrá de hacer visible que ello no va en detrimento de los tradicionales criterios desde donde se valora la productividad. Y, si se consigue demostrar que comporta -en cambio-incremento allí, pues es claro que, por sólo ello, se habrá consolidado un primer definitivo paso.

SIETE. ¿Se trata entonces de poner a todos los funcionarios de determinada empresa en actitud de alerta frente a sus sueños?. Por supuesto que resulta inconveniente con sólo mencionarlo. Pero si se ha resaltado este extremo ha sido para poder acceder, así fuera comparativamente, a una propuesta que empiece a puntualizar algunas claves iniciales en relación con cuestiones procedimentales.

En efecto, no por nada se ha hecho aquí, en varias ocasiones, mención a Freud y a su propuesta psicoanalítica.

Precisamente, una de las condiciones que hacen viable y pertinente la “empresa” psicoanalítica, consiste en la voluntad de cambio que el futuro “analizado” expresa al ingresar al tratamiento.

Y, ya ha sido resaltado también cómo, cuando las problemáticas a modificar se encuentran bloqueadas desde la obligatoria necesidad a partir de la cual se asume el poder o el bienestar; o bien, de un modo más extremo, a partir de la oposición que genera la desmesura del Goce o, también, a partir de la alianza con los síntomas -como es el caso de las drogadicciones- el modelo resulta impracticable.

El caso del psicólogo que es contratado por una empresa, está bastante lejos de ajustarse a idénticos criterios y raseros.

Pero tampoco resulta tan diverso de cuanto, a nivel de la clínica más tradicional, se presenta como ubicado en el nivel de los límites de su imposibilidad; por decir algo, el indiscutible impedimento para realizar la clínica de individuos normales.

Al psicólogo -más aún siendo recién egresado- cuando aspira a un cargo en este campo, ni se le pide que sea terapeuta, ni se le acepta que llegue ofreciendo modelos críticos o diversos de cuanto allí se viene implementando. Sólo -ha sido

dicho también antes- si resulta suficientemente contundente su argumentación, podría aspirar a que su oferta le fuera mínimamente recibida.

OCHO. Veamos. Esta clave de impedimento que raya con lo imposible, sabido es, necesariamente se impone a toda tarea nueva; sobre todo en sus comienzos.

Guardadas por supuesto las proporciones, el propio Freud avanzó en su notable develamiento, no sólo reconociendo cómo lo imposible debía ser vadeado a cada paso, sino resaltando que, la aparición de esa señal era, en cambio, una clave para el reconocimiento de que la ruta emprendida, seguía siendo correcta.

Si se piensa en el psicólogo que, por su cuenta y riesgo, va a buscar trabajo en una empresa, sería ingenuo pretender que se le concediera, de buenas a primeras, un lugar de especial significación, “por ser él quien es”.

La Clínica de lo Social no resulta ajena a estas difíciles circunstancias y, en sus estrategias de implementación pedagógica ha sido, desde un principio, muy atenta con las implicaciones de estas condiciones.

Hoy por hoy, progresa en aplicaciones, tanto en la propia Facultad de Psicología, como en la Universidad y en la Ciudad; implementaciones que le van abriendo posibilidades; las cuales, sólo porque se trabaja de manera integral y colectiva, van generando opciones que, de otro modo, resultarían francamente impensables.

NUEVE. Agua y aceite, lo singular y lo vigílico-racional se contraponen, al punto de resultar conveniente, antes de precipitarse a adelantar ofertas de uno u otro tenor, preguntarse por su razón de ser.

¿Fue siempre así?. De serlo, ¿de dónde, a acá, resulta indispensable ahora, resolver incompatibilidades que se debieran asumir como definitorias?.

¿No sería preferible seguir dejando dormir a cada quién y que, una vez despierto, a su vez, cada quién se acogiera sin más a la lógica de su necesidad?.

DIEZ. Veamos: la propuesta de cambio no puede, no debe ser, ni intencional, ni racional; acaso ni siquiera se trate de ello. El cambio –en tanto inevitable consecuencia- deberá confirmar la pertinencia de la mirada clínica. Con otros términos acaso tanto más contundentes: deberá, a su vez, *resultar*, no ser obligatorio punto de partida.

Tampoco se deberá generar una dinámica que sólo se termine justificando desde la implementación de la utopía.

Sobre todo: no se debe aspirar a resolverlo todo y de una vez.

El develamiento genera por sí mismo consecuencias. Estar atento allí y proceder en consecuencia parece sí, obligante.

ONCE. Vamos a radicalizar un poco más la necesidad de lo clínico en el abordaje de lo empresarial. Si se dijese que, siendo el Consumo un asunto envolvente del cual nadie en la actualidad puede escapar, la relación con el Dinero resultaría ser, por solo este énfasis, el referente donde ello se hace más directamente visible y evidente.

Podría intentarse una exploración semejante con cuestiones como -por decir algo- el ya resaltado Poder, pero esta cuestión del Dinero, la verdad que siendo tan decisiva, apenas si se ha trabajado desde una perspectiva abiertamente clínica.

Por eso se propone como tema para la próxima reflexión, justamente este arisco y complejo asunto.

CONSUMO Y DINERO

UNO. ¿Cómo podría proponerse y justificarse una Clínica que verse sobre el Dinero?.

De nuevo tendremos que apelar a Freud. El Psicoanálisis plantea interpretaciones a propósito del sentido inconsciente del Dinero. Pero no lo asume como tal, desde su más directa dimensión.

En realidad, el Dinero en Freud es un subordinado más en la lógica de una problemática que no trasciende lo escuetamente individual.

La dimensión económica –prioritaria, por supuesto, en cuanto tiene que ver con esta específica temática- ni siquiera es atravesada para dar cuenta de esos sentidos contundentes, redondos, subordinados.

Por ello, la lectura que se hace desde el Psicoanálisis a propósito del Dinero, conduce a su localización en cuanto símbolo de otros modelos tanto más primordiales.

DOS. Es la clave adictiva, cada vez más expresa, en la medida en que se ha ido imponiendo y generalizando, la que hace que se pueda sospechar allí de dimensiones más abarcales, sintomáticas y/o definitorias².

La clave adictiva, también, se impone indispensable para un análisis de este orden, en tanto el consumo califica, tanto lo tradicionalmente asumido como del registro de lo patógeno, como las formas más corrientes y reiterativas del modelo social en su conjunto.

En realidad, si se quiere una primera y empírica demostración de la razón por la cual, lo social demanda un abordaje clínico, esta clave resulta, por sí sola, contundentemente demostrativa.

TRES. Ahora: las empresas, entendidas en su acepción más habitual, son fundamentalmente los lugares donde se pone en acto esa específica operación: transformar el esfuerzo humano, en dinero.

¿Es así no más?. ¿No cabe allí otras lecturas posibles y acaso más exactas y objetivas?.

Sin duda –se podría replicar- habría de pasarse por muchas etapas intermedias, pero, en los extremos de las empresas capitalistas, están grupos humanos, de una parte; y resultantes que se objetivan en específicos montos de dinero. La verdad, el dinero no sólo se da al final. Antecede y sucede, al menos cuando se piensa en el vínculo que fija a cada quién y a los conjuntos de empleados a las propias empresas.

Si se quiere, visto todo más descarnadamente aún, se trata de un *plus*. De la génesis de un excedente, de una ganancia, consolidada entre una determinada inversión y una específica resultante.

¿No es esa la versión marxista?.

Sin duda. Sólo que, además, ese *plus* se da en toda empresa humana, así se trate de los propios sueños. Y, la Clínica de lo Social suma todavía un paso más allá, una segunda aseveración: ese *plus*, está constituido por singularidad silenciada.

CUATRO. ¿Cabe entonces mirar la operación D-D', desde una perspectiva clínica?. ¿Cómo sería?.

Hemos dicho que la Clínica de lo Social, en tanto que aplicada, trata de lo creador en déficit y, desde ahí, reconoce que, ese pendiente, se decide en referencia con lo singular coartado.

² Por supuesto, definitoria en sentido estrictamente clínico. A lo cual habrá de sumarse: y trans-disciplinar. Pues es en tanto clínica-transdisciplinar que una mirada tal, torna posible y necesaria.

O sea, que toda empresa capitalista se alimenta de esa condición singular silenciada. Pero no debiera verse en ello censura alguna. Como lo evidencian los sueños, el ser humano resulta inevitablemente productivo. Y si lo singular se realiza como dinero incrementado, no ha de ser ese el problema. El problema, en cambio, consiste en lo productivo pendiente que, en tanto se silencia, da sólo paso a un modelo especializado de producción.

Es la especialización en la Forma-Dinero cuanto –en tanto, a partir de allí, le decide como un fin en sí- torna desafortunada la resultante capitalista (vistas las cosas desde la óptica de las empresas). En cambio, desde la perspectiva del empleado, se trata de la resultante adictiva-consumista -que comparte con el resto del colectivo social- cuanto favorece un abordaje clínico allí.

Reunidas ambas claves, es de esperarse que empiecen a demarcarse las especificidades que justifican precisiones, en la asunción de este puntual asunto.

CINCO. La Forma-Dinero resulta necesaria para la reproducción de las empresas, es claro ello y, sin duda, no cabe allí mayor discusión. Pero la uniformidad de ese determinismo, en todos los niveles, sí admite revisión.

Cuanto irrumpe como realidad específica inevitable, paulatinamente, se consolida como restrictivo, reclusivo destino que, nadie puede evitar reconocer podría ser francamente más afortunado.

Más aún: en cambio de ello, el resultado es progresivamente más discutible; al menos si se miran las cosas desde una dimensión más abarcante de aquella que permite la mera reproducción de las empresas en particular.

SEIS. El empleado de las empresas, el consumidor en general, usa el dinero para completarse y realizarse al interior del conglomerado social.

Todo mundo sabe -porque sin duda lo padece- que, esa supuesta clave instrumental, se impone como modelo irremontable de necesidad.

Si es posible que de ahí se derive hacia una clave más radical de corte adictivo no es por cuestiones meramente particulares. Es que esa misma es la lógica que decide los modelos adictivos más radicalmente mórbidos. También las drogadicciones –para citar el mismo ejemplo anterior, pues difícilmente existe uno que pueda ser más ilustrativo- se juegan en ese artificio de necesidad donde aquello que se consume es inapelable. Tan necesario, por decir algo, como el aire que se respira.

SIETE. Pero no sobra recalcar en este punto ya planteado: lo adictivo ahí no es del estricto orden de lo personal. Se trata de la forma como, algo esencial a una estructura o a un modelo, repercute y decide también esos niveles específicos.

Se insiste: no sólo vale para individuos aislados. Califica la totalidad de las modalidades que actualizan el despliegue de lo social (instituciones, empresas, ciudades, barrios, calles, agremiaciones, supermercados, masas, etc.).

OCHO. Con todo esto ¿se quiere decir que está “enfermo” entonces el modelo social en su conjunto?.

Justamente es eso cuanto no se quiere decir.

Si cabe allí mirada clínica, no puede ser de mero trámite hacia lo social -o lo económico, o lo político- desde los modelos y procedimientos clínicos más tradicionales.

Pero, que existe allí una problemática compleja y aún no suficientemente capturada es, a su vez, inocultable.

NUEVE. ¿Cuando una organización psíquica se reconoce como afectada patógenamente?.

Es más que sabido que, en general, cuando lo psíquico se congela en un modelo reiterativo; acumula síntomas; pierde flexibilidad y carece de opciones de respuesta, se asume que acontece algo así.

Lo cierto es que al orden social no tiene por qué no acontecerle cuestiones semejantes y, aún fuera de modo metafórico, podría, por sólo ello, admitirse la opción de un abordaje equivalente, de corte clínico.

Pero no es esta la mirada de la cual se trata cuando se abordan los asuntos desde la perspectiva de la Clínica de lo Social.

Siendo, como se ha planteado reiteradas veces, una mirada de corte estético-transdisciplinar, la Clínica de lo Social no se decide por la sólo asunción de un determinando procedimiento, ni se asume como específico accionar, así fuere, decididamente modificante.

DIEZ. El Dinero, para las colectividades humanas, resulta problemático por más de un motivo. En primer lugar porque, más que un lenguaje, se trata de la consolidación de poderes. Sin embargo, al tiempo, ofrece las posibilidades de intercambio masivo, como cualquier lengua. Y resulta indispensable tramitador del disfrute, consolidador de radicales diferencias, realizador inevitable de básicas necesidades, para los individuos que forman parte de los humanos colectivos.

Pero, en sí, el Dinero no tiene por qué no ser mero instrumento, cuyo uso y sentido se le asigna de modo suplementario y, a partir de claves que se juegan, efectivamente, en y desde lo humano.

Ello no excluye que, en la resultante social y económica, obedezca a reglas y leyes francamente autónomas; dando pie a verdaderos determinismos y a fatales derivaciones y consecuencias. El control del Dinero es, por esto, arbitrario, restringido, volátil e inseguro.

Sobredetermina, de un modo tal, que termina decidiendo muy buena parte de las resultantes sociales, institucionales; incluso psíquicas.

Es claro pues, vistas así las cosas, que el Dinero, antes que condicionado, resulta siendo determinante.

Y, desde entonces, empieza a dejar emerger su condición enigmática y tan cargada de sentido como, de hecho, invisible e imperceptible.

La ficción más decisiva se juega y se realiza entonces, allí donde todo parece más serio e irrisorio. Cualquiera que pudiera salirse totalmente, al ver cómo se asume el Dinero por parte de los hombres, los hallaría indescifrables, semi-infantiles y semi-delirantes. Y, si pensara en la opresora fatalidad que decide a las empresas, a las instituciones, a las diversas agremiaciones y entidades, si reconociera cómo por esas peculiares vías se juega lo más trágico e irremontable en la vida desigual de los hombres, le parecería inexplicable la manera como las cosas resultan allí, se reiteran y reponen, sin que existan salidas posibles que favorezcan un más pertinente manejo.

Que ello acontezca con los desbordes de la guerra, si bien no es aceptable, sin duda resulta siendo menos inaudito; puesto que, en este otro sentido, se trata de lo más reconocidamente cotidiano y normal.